

El Análisis y la Soledad

Errancias psicoanalíticas sobre la soledad(*)

Daniel Gil

Descriptores: SOLEDAD / DESAMPARO / ATENCION FLOTANTE / TEORIA LACANIANA / MATERIAL CLINICO.

¿A quién confío mi tristeza?

Tristeza, Anton Chejov.

—Solo, solitario y triste

Líber Falco.

La soledad solo, así, como estoy,
no es soledad, es abandono

Diario íntimo de Paco Espínola.

—“¿Tan solo se siente Ud.?”

(Kafka asintió con la cabeza)

—“¿Igual que KasparHauser?”

(Kafka sonrió)

—“Peor aún; estoy solo, como Franz Kafka”

Conuersaciones con Kafka. G. Janouch.

Una soleada franja de felicidad

Franz Kafka.

l)

Y como de empezar a caminar se trata voy a comenzar con la historia de un cochero (“Tristeza”, de Anton Chejov).

Es invierno y en San Petersburgo el viejo Iona Patapov está sentado al pescante de su coche esperando, desde hace horas, que lleguen pasajeros. Grandes copos de nieve caen revoloteando y cubren a Iona y al caballo, que parecen fantasmas inmóviles.

Comienzan a llegar los pasajeros: el militar, los jóvenes... Prepotencia, burlas, risas. A todos quiere contar su tristeza: hace una semana ha muerto su hijo.

Nadie lo escucha.

Cuando queda solo se hace otra vez el silencio para él.

* Con el término “errancia” pretendo explicitar que este texto es un medio camino entre un discurrir errante y un trabajo que ha intentado cierto grado de formalización. El lector más que recibir un pensamiento hecho me acompañará, si es benevolente, en una búsqueda, como si pensar la soledad sólo fuera posible en compañía de otro.

“Durante un corto espacio de tiempo queda adormecido, pero la tristeza no tarda en hacer su aparición, inflamando su pecho con más fuerza. Sus ojos, torturados e inquietos, reconocen la muchedumbre que circula por ambos lados de la calle. ¿Entre aquel millar de personas no se encontraría ni siquiera una sola capaz de escucharlo? ...Pero el gentío pasa corriendo a su lado, sin reparar en él ni en su tristeza!

Tristeza enorme! ..., sin límites!... Si un gran peso le hiciera estallar dentro de él y derramarse..., quizás inundara el mundo entero!...”

Apesadumbrado se vuelve a la cochera. Los cocheros duermen en una sofocante atmósfera. Allí tampoco encuentra nadie con quien hablar.

¡Ya hace una semana que murió su hijo y todavía no ha podido hablar con nadie! “Y es preciso hablar!... hablar despacio!... Con sentimiento!... Es preciso referir cómo enfermó el hijo... cuánto sufrió!... (...) Además, el que oye tiene que suspirar, que exclamar, que compadecerse! “.

Y como no tiene a *nadie*, se va a la cuadra, con su caballo. “Se pone a pensar en la avena, en el heno, en el tiempo... En el hijo, cuando está solo, no puede pensar!... Hablar..., uno puede hablar de él con alguien!..., pero uno solo, ¿pensar en él y representarse su imagen?..., sería algo terrible, insoportable!”.

Pero al mismo tiempo no se puede dejar de hablar de él, a *alguien* hay que confiar la tristeza. Y entonces, —luego de dar el heno al caballo, porque para la avena no alcanzó— le empieza a hablar al caballo: “Así es, caballo!... Hermanito!... Ya no hay ningún Kusma Ionich!... Pasó a mejor vida! Se murió así... Por nada!... Figúrate tú, por ejemplo, que tuvieras un potrillo, y que fueras la madre., y de repente, digamos..., ese mismo potrillo pasara a mejor vida... Sería una lástima, ¿verdad?”.

El caballo mastica, lo mira, escucha, sopla en las manos de su amo... “Iona se anima y le cuenta todo”.

Cuando oí el trabajo de Marcos Lijtenstein “La soledad del analista” (Rev. Urug. de Psicoanálisis No. 62) evoqué este cuento de Chejov que acabo de sacrificar. Me di cuenta que allí estaba una respuesta al trabajo de Marcos. Más tarde se juntó a esto el trabajo de Marcelo Viñar “Ser analista hoy”, y es desde estos textos que me atrevo a intentar pensar el problema de la soledad desde el punto de vista psicoanalítico.

En el trabajo de M. Lijtenstein, —en esa peculiar manera en que en su reflexión se entretienen el testimonio la experiencia nos habla de la fascinación, la comunidad, del saber y la teoría, de la falta, de la forma en que las teorías pueden servir, a veces, (como pueden hacerlo las teorías sexuales infantiles) para elaborar una “explicación” que nos permita desconocer (desmentir) la castración.

Pero va más allá: la teoría puede ser el recurso para no estar solos, privados de la comunidad, con todos los peligros que van desde la aceptación de la moda a la homogeneidad sumisa. Y dice: “El teorizar —contemplar y volver inteligible— pasa por una prueba de fuego: la consecuencia, o la inconsecuencia, con el quemante descubrimiento de la castración. Sería paradójal (sin dejar de ser comprensible) que se intentara explicar la renegación en una teoría tan presunta y presuntuosamente completa y definitiva, que renegara de su propio hallazgo.

“Enlazamos —así— la soledad y castración. Para proponer la reflexión que tome en cuenta la patología frente a la soledad y, por otra parte, la soledad como condición

productiva de disfrute creador”.

No pretendo con esto resumir toda la riqueza del trabajo, sino solamente darme algunos puntos de apoyo.

Así lo hago también con algunas ideas del trabajo de Marcelo Viñar, “Ser analista hoy”, ideas que cuestionan como preguntas y también como reto sobre nuestro quehacer. (Rev. Urug. de Psicoanálisis, No. 63).

En dicho trabajo Marcelo Viñar habla de la dimensión de la soledad y del encierro del quehacer psicoanalítico, no sólo como recogimiento o intimidad “sino —y sobre todo— en la paradoja de que cuando uno de los polos de la relación, el analizando, dice lo más hondo de sí, de su drama humano, de las mentiras y desconocimiento en que habita; el otro polo, en la función analítica, en su asimetría imprescindible, (al analista) le es impuesta la prohibición de una reciprocidad abierta”.

Nos señala que existen dos tipos de silencios en el analista: el funcional y el causado por su ignorancia.

La peculiaridad del trabajo analítico tiene algo de alienante y toxicomaniaco que le dificulta salir de un universo propio y la práctica puede transformarse en droga, “esto es, (una) falla al reconocimiento de una alteridad radical ... ¿cuánto del imán de la práctica analítica no recubre y oculta nuestra fobia de afuera, de una evitación o protección fóbica de un mundo que bate de violencia? (donde es difícil estar y donde los analistas quizás no tengamos ningún lugar claro)”. (1)

También con estas breves citas quiero apuntar otro aspecto de “El analista y la soledad”.

II

Reseñados estos aspectos de la soledad del analista quiero preguntarme sobre este tema en algo que está tal vez esbozado o aludido en estos trabajos y que sirvió en mí de acicate a la prosecución de una reflexión.

Para ello tuve que mirar el problema modificando los términos del planteo: ya no la soledad como un atributo de la función del analista (la soledad *del* analista), sino “el analista y la soledad”, no como una relación de atribución a un ser o a una función, sino en la relación de un ser (que cumple una función peculiar: la de psicoanalizar) ante un gran problema específico de la condición humana: el de la soledad y desde esa función, desde su experiencia, ver si con la teoría o las teorías de que dispone puede balbucear algo.

Para retomar el hilo a partir de los trabajos mencionados hay que reconocer que el analista tiene, por lo menos mientras trabaja, que realizar una tarea solitaria en esa disimetría de la que nos habla Marcelo Viñar. A través de su silencio tiene que favorecer, o provocar, la emergencia del deseo del otro que podrá ser captado desde la actitud disimétrica a la del analizado, y correlativa de la asociación libre: la atención flotante. Pero la atención flotante, en la definición ideal que nos propone nuestra tarea

¹ Viñar ha hablado del deleite mortífero del encierro donde podemos sentirnos el centro del mundo, y podemos creer que los únicos monstruos son los de la fantasía y olvidarnos de los que existen en la realidad (material) histórica.¹

imposible, implica un doble sentimiento de ajenidad o no comunidad: por un lado con el paciente, ya que para que la atención flotante se pueda dar es imprescindible la no fascinación por (con) el objeto (situación en la cual el sujeto, como ya lo enseñaba Hegel, queda absorto en la fascinación sin poder conocerse), ni la comunidad identificatoria-indiscriminada con él.

Por otro lado, el sujeto es sujeto deseante. Pero la tarea analítica le prohíbe serlo. Esto lleva, entonces, a que la atención flotante, en su punto ideal, también implique una ajenidad, una no-comunidad consigo mismo.

La tarea se torna entonces “imposible” porque el analista no puede estar, para que su trabajo sea cierto, ni en posición de fascinación, ni sumido en el vértigo de la comunidad, ni asumido como sujeto deseante. ⁽²⁾

En la tarea —y también en la vida—, los opuestos al sentimiento de soledad serían la fascinación y la comunidad. (Tal vez sea oportuno explicitar que la fascinación la ubicamos más en relación con el enamoramiento, y la comunidad más en relación a una psicología de las masas, tal como lo enseñaba Freud).

La soledad es algo más que un estado. El estado puede ser el “estar solo” y basta recordar el hermoso trabajo de Winnicott “La capacidad de estar solo”, para comprender que se puede estar solo en presencia de otro y en compañía de los objetos buenos introyectados.

La soledad y la tristeza, que siempre la acompaña como afecto, como sentimiento, tiene que ver con la *desolación* como una experiencia de un afecto sin representación ⁽³⁾. La soledad es algo que tiene que ver con el aislamiento, con algo en-sí. El correlato de la soledad (casi la pareja), pero más próximo de la representación, es el *desamparo*, que refiere a la ausencia del otro.

La soledad es una especie de *hybris* (de desmesura), que emerge en el sentimiento y en el sentido, “un interrogante signo sin frase” (Líber Falco), una situación donde el sujeto es un desolado y un desamparado.

Creo que se puede pensar, desde el campo del análisis, el sentimiento de soledad como el sentimiento correspondiente a la vivencia de lo que Freud nos enseñó en torno a la pérdida de amor y al desamparo (*hilflosigkeit*) consiguiente. No como amor-perdido, que más bien correspondería a la experiencia de la situación edípica, situación que en definitiva se elabora con la búsqueda (hallazgo del objeto) ⁽⁴⁾.

“La soledad —dice Freud—, así como el rostro ajeno, despiertan la añoranza de la madre familiar, el niño no puede gobernar esta excitación libidinosa, no puede mantenerla en suspenso, sino que la muda en angustia” (T. XXI, 77). Y más adelante (T. XXI, 81/82), sostiene que el desvalimiento psíquico corresponde a la más temprana

² Esta abría, que nosotros sepamos, sólo intentó responderla J. Lacan. Si el inconsciente insiste en el discurso, no en lo *dicho* (enunciado), sino en el *decir* (el acto de la enunciación) la atención debe ser flotante para no quedar capturado en las redes de lo dicho (el significado) y a-tender a la aparición de los significantes. Es hacia ellos que estará dirigida toda “la agudeza de la escucha”.

³ La soledad es una cualidad del “estar solo”, es el percibir que se está solo *más* una sensación, captada en el registro del placer-displacer: la tristeza. La soledad y la tristeza tienen relación con un duelo, pérdida de la ilusión narcisista. (En alemán duelo es *traver*, y tristeza es *traurig*).

⁴ En latín la palabra *queste* recubre tanto el sentido de búsqueda como de demanda, y *querere* dará también origen a querer (amar).

inmadurez del yo; el peligro de la pérdida de objeto (de amor), a la heteronomía de la primera infancia, siguiendo luego las angustias de castración en la fase fálica; angustia frente al superyó en la latencia; y aunque las angustias correspondientes se suceden por desvalorizarse las situaciones de peligro y con el “fortalecimiento del yo, esto ocurre de manera muy incompleta”.

Respecto al deseo del analista, Lacan dirá en el Seminario del Iº de julio de 1959: “El deseo del analista se encuentra en una situación paradójica. Para el analista el deseo del Otro es el deseo del sujeto *en análisis*, y nosotros debemos guiar este deseo no hacia nosotros, sino hacia otro. Nosotros maduramos el deseo del sujeto para otro diferente que nosotros”. (Citado por L. Bataille:

“Decir del analista y deseo de ser el analista”, *Ornicar*, 20-21 (1981), y en el seminario del 25 de mayo de 1955 “El yo en la teoría y en la técnica del psicoanálisis”, dice: “Durante todo el tiempo del análisis, con la sola condición de que el yo del analista tenga a bien no estar ahí, con la sola condición de que el analista no sea un espejo viviente sino un espejo vacío, lo que pasa, pasa entre el yo del sujeto —en apariencia siempre habla el yo del sujeto— y los otros”. (pág. 339).

La pérdida de amor tiene que ver con una vivencia (digo vivencia y no necesariamente experiencia) de amor-no-tenido, es decir, de amor reclamado y no recibido ⁽⁵⁾.

El viejo diccionario etimológico de Monlau, dice que *solo* tiene dos orígenes etimológicos: uno del griego, *holos*, que significa *todo*, y otro del latín, *sine alio*, que significa *sin otro*, sin compañía. En realidad es cierto que el que tiene todo, Dios, es el que está más solo. La comunidad es una situación donde se establece la *unidad-con*, la unidad de uno con otro (u otros), con alguno (*alguien-con-uno*). ⁽⁶⁾ Alguno es otro-uno, el otro-diferente, el alter, pero como *prójimo*, es la invocación en la segunda persona del singular, el *tú*. La soledad aparece cuando no hay nadie, cuando no está ninguno (nec-unos). ⁽⁷⁾

Tal como lo propongo el sentimiento de soledad sería, entonces, el afecto correspondiente a la pérdida de amor. Decía que era (casi) un afecto sin representación, por lo menos así nos lo deja entender Líber Falco, cuando dice:

Es muy triste estar solo, oír cómo se queja obstinadamente el viento y remontar los tiempos.

O mejor aún:

⁵ Algo *así* como el clamor de las palabras finales de Mariana Pineda: “Amor, amor, amor y eternas soledades!”.

⁶ Los Tupí Guaraní sostenían que el mal se produjo cuando los hombres se separaron de los dioses. Hay que buscar nuevamente el vínculo para reencontrar “la tierra sin mal”. Pero ese vínculo no puede ser un logro individual, tiene que ser la unión de la tribu con los dioses. Para dicha reunión utilizan la palabra *mborayú* que los primeros traductores equipararon, en el contacto cristiano, a *amor al prójimo*, es decir la caritas, término latino que traduce griego *agapé* que significa, dentro de las formas del amor, la comunión.

⁷ Curiosamente (o no tanto) esta constelación de sentidos también se ve en alemán donde *solo* (aleine) se apareja con *soledad* (einsamkeit) en ambas existe la raíz *ein* (uno). Lo opuesto es la comunidad (gemeinsamkeit).

Perdona, pero tú no sabes
¿Sabes lo que es estar solo, solo, volver a casa a las dos de la mañana, mojar un pan mohoso, triste, y duro, roerlo solo.
y sentado en una orilla del mundo ver a los astros que rutilan
y *no saber qué preguntar ni qué decir*
y confundir las hambres, y roer sólo tú allá... un pan mohoso, triste y duro? ⁽⁸⁾

De pronto estas ideas que venían gestándose, se “encontraron” con lo que decían algunos pacientes:

“Y llegó un momento en que fue como perder todo punto de referencia. Es como el insomnio..., pensando cosas muy abismales que después, de día, parecen ser menos graves, pero en ese momento sentí que se resquebrajaba la realidad... o yo”.

Otro:

“Me sentí solo, tan solo que la existencia era sólo una brizna que me unía a la realidad y del otro lado... no sé. En ese momento pensé en R., pero R. también era lo que no había sido. Un mundo demasiado compacto nos separaba, pero al recordarla tuve algo así como un consuelo, seguía solo pero sentía menos la soledad y la tristeza y se me abría una pregunta, una esperanza; ¿habrá tiempo, todavía?

Pero aún cuando no lo haya, aún cuando no sea posible, igual importa, y mucho, porque es como si hubiera sido posible. No es solo un consuelo, es como otra dimensión de la vida. No es posible pero hubiera podido serlo... Es como otro lado de la realidad. Es triste, sí, pero no tanto y además se está menos solo. Y entonces alcanza ese momento de la mirada donde el instante se junta con la eternidad.

O este texto ⁽⁹⁾:

“La otra noche (cuál?) me dije: hay un poema que se llama “Donde yace Brahms” y vi escaleras que culminan en un estruendo de palomas y de bronces y un patio inmenso de baldosas rojas y el Fedón y un perro de terciopelo celeste y un ferrocarril y una quinta con naranjos y limoneros y sonido de algodón mojado (ese que hacen los nidos cuando caen), me di cuenta que el poema se llamaba “Donde yace mi padre”, donde yace mi infancia, donde yace la palabra aurora y la palabra luna y la palabra paralimpios (que no existe).

Y ese poema no lo puedo escribir, no lo debo escribir: si lo hiciera se precipitarían los pretiles, los nunca, los veleros, las fotografías de mis hijos, los pañuelos, las cartas que le escribí a mi mujer en los recodos del camino (no las he vuelto a leer; quiero creer que allí esté escrito un nombre sucesivo, infinito)...

Pensé: dios mío si lloviera sobre estar piedras, si lloviera sobre este polvo, sobre el espanto y las raíces (resecas) de tantos rosales y jazmines, enredaderas al fin, hebra

⁸ Para nosotros el entrañable Líber Falco reúne milagrosamente —es decir, poéticamente—, la capacidad de hablar y transmitir como pocos la experiencia de la soledad y de la comunidad. Casi se podría decir que no hay poesía de Falco en donde esta temática no exista: “Porque se está solo ahí / porque en la locura y la muerte se está solo, / porque hay un ojo fijo, / incambiado, que acecha *sin sentido*, / yo quiero ahora abrazaros, / y siquiera no más, / hablar de cómo cambia el cielo”. (“Para vivir”) (Subrayados de D. G.).

⁹ Extraigo un fragmento de una carta de un amigo: Carlos Puchet Castellanos

fina de una vieja corbata”. (10)

Ubicados en esta perspectiva de la relación del sentimiento de soledad con la pérdida de amor, como un afecto casi irrepresentable, podemos entender este sentimiento de “resquebrajamiento de la realidad o de sí”, o ese “desprendimiento” de la realidad, o esas otras formas donde cuando algo se puede expresar es ya del campo de la poesía, porque la poesía reúne la propiedad de decir lo indecible en la implicancia, sugestiva y evocadora, de la metáfora con la música. (11)

Dije antes que el sentimiento de pérdida de amor era más que amor perdido (amor no re-encontrado) en sentido edípico, es vivencia de privación irreparable en el plano de la existencia. (12)

III

En la organización psíquica del niño, la soledad absoluta es igual a la muerte. También la presencia invasora de una madre, que no deja espacio ni tiempo para la frustración, provoca, o puede provocar, la psicosis. (Ya Melanie Klein nos enseñaba que cierto grado de frustración es imprescindible para la constitución del yo a partir de los buenos objetos introyectados y esta frustración tiene que ver con el sentirse solo).

En páginas anteriores apoyándome en Winnicott propuse la distinción entre estar solo, como un estado, del sentimiento de soledad. Ciertamente es también, que es necesario un grado de separación de la madre, que se vive como frustración, para que se pueda ir constituyendo el yo y por lo tanto reconocer la existencia del mundo y los otros.

Que nosotros sepamos fue M. Klein quien primero puso el acento sobre “la sensación interna de soledad”, atribuyéndola al “anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto”. Con agudeza sostiene que este tipo de sentimientos existen en todo individuo atribuyéndolos a ansiedades paranoides y depresivas, derivadas de ansiedades psicóticas del bebé. Klein piensa que el contacto estrecho del inconsciente de la madre con el niño en la etapa preverbal da la

¹⁰ El sentimiento de soledad y la experiencia del exilio se pueden ver en los textos de Juan Gelman “Exilio” y en los trabajos de Edmundo Gómez Mango “Le migrant et ses signes”, el de Marcelo Viñar: “Exilio”, “Nota sobre el exilio”, y de Marcelo y Maren Viñar, “Exilio y tortura”.

¹¹ Esta última sería la forma de creación más cerca de lo real porque siendo una representación no significa a nada, a diferencia de las palabras o las representaciones plásticas; por eso (casi) puede decir lo indecible. Entre nosotros, Myrta Casas de Pereda señaló que tal vez esta característica de la música se vincule al hecho de que el niño antes de que pueda comprender el significado de las palabras de la madre, las siente como prosodia, como música que emerge en medio del “ruido”, siendo éstos los primeros significantes, a lo que yo agregaría que si lo son, es en la medida en que configuran un sistema de oposición que denotará presencia-ausencia. En este sentido podríamos decir que en el principio (es decir, en el mito), fue el dolor y el caos y de allí emergió la armonía antes que la palabra en la música (el baño de prosodia del que habla D. Anzieu). Antes era ruido entre los ruidos. Oyendo unos lieder un paciente, amante de la música, decía que sentía que nunca podría comunicar (lo indecible, lo que las palabras no pueden capturar), y que sólo con pocas personas, en esos momentos, las palabras no serían necesarias, personas con las cuales podría tener la ilusión de una comuni(caci)ón más allá de las palabras. (Confrontar con la idea de M. Klein, más adelante).

¹² Desde luego el deseo tiene siempre una dimensión de no-encuentro, en la misma medida en que el deseo nunca es satisfecho (de allí también la búsqueda y la espera).

“No se llora lo muerto, —se llora lo que no se vivió
dicen Víctor Cunha y Ruben Olivera.

Lo muerto tiene relación con lo perdido, (es decir, algo que se tuvo y se perdió) más que con lo que no se tuvo y se anheló.

experiencia de una comprensión plena y que a partir de ella subsistirá siempre un anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras. El no-reencuentro de esta experiencia es vivido como una pérdida irreparable.

Pero en la etapa esquizo-paranoide los ataques a la madre y al pecho, con el fantasmático daño consiguiente, crean una inseguridad paranoide que es una de las causas fundamentales del sentimiento de soledad. En la etapa depresiva, con la constitución del objeto total se siente que los impulsos destructivos pueden amenazar al objeto bueno dificultándose la integración para proteger a dicho objeto. Esa dificultad de integración puede ser vivida, dice Klein, en términos de sentirse solo y abandonado.

La soledad también tendría otra fuente, vinculada con lo esquizoparanoide, debido a la proyección de componentes del self escindidos e imposibles de recuperar, con la sensación de que no se está en total posesión del self y que “uno no se pertenece por completo a sí mismo, ni tampoco a nadie más. Además se tiene La vivencia de que también las partes ausentes se sienten solas”.

Klein insiste en que es imposible superar completamente las ansiedades paranoides y depresivas, que constituyen la base de cierto grado de soledad y que, además, cuanto más severo sea el superyó, más intensa será la soledad, dado que cuanto mayor sea el rigor éste, más se acrecientan las ansiedades depresivas y paranoides. Y concluye diciendo:

“formularé nuevamente mi hipótesis de que, si bien las influencias externas pueden llegar a reducir o a intensificar la soledad, ésta nunca logra eliminarse por completo, en razón de que la tendencia a la integración y el dolor que se experimenta durante el proceso de la integración dimana de principios internos que siguen ejerciendo su influjo durante toda la vida”.

Algunos de los aspectos desentrañados por M. Klein se pueden apreciar en el siguiente fragmento:

“En mí la soledad apareció como la retracción de un mundo que sentía como hostil, frente al que no tenía armas para defenderme. Era como si existiera un mundo familiar y un terreno minado. Para funcionar en el mundo hay que ser astuto y calculador y yo nunca pude y quedé expuesto a todo. Al decir esto me acordé de las dos mitades de la cara: una mitad terrible y otra apacible. Yo creo que salgo muy mal en las fotos. En una de las últimas fotos me parece que el ojo izquierdo es totalmente diferente”.

Se aprecia aquí un mecanismo de repliegue como defensa y luego la dimensión de lo hostil y peligroso expresado en un clivaje entre lo familiar asegurador y el mundo como terreno minado. Pero, inmediatamente, aparece ese mismo clivaje expresado a nivel del propio sujeto que siente que tiene dos partes que los “ve” en las fotos, con una mitad terrible, que corresponde en el mundo al terreno minado y otra apacible que corresponde con lo familiar ⁽¹³⁾. Expresiones propias del clivaje de la posición esquizoparanoide.

La elaboración teórica realizada por Melanie Klein del sentimiento de soledad; permite pensar ciertas vivencias en torno a la soledad sin embargo, desde mi escucha, he quedado con el sentimiento de que la soledad de la que me hablaban los pacientes

¹³ Se puede ver esto mismo en “El Vizconde Demediado” de I. Calvino.

tenía otra dimensión que no llegaba a ser captada, desde la teorización kleiniana. De ahí que me planteara tratar de pensar el sentimiento de soledad desde la teoría lacaniana.

IV

Antonio Machado hace decir a Abel Martín: “Lo otro no existe, tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad= realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero lo otro no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín con fe poética, no menos humana que la fe racional, creía en *lo otro*, en “la esencial Heterogeneidad del ser”, como si dijéramos en la incurable otredad que padece lo uno -

Esta cita de Antonio Machado nos abre una perspectiva esencial del ser humano que se relaciona con la articulación entre el individuo y el otro, con la imposibilidad de renunciar a la ilusión de lo uno, pero ante la cual la otredad deja permanentemente su huella. En la cábala ya aparece el ser humano desde su mismo comienzo como un exilado, separado de la unión con Dios por el pecado y por la culpa. Toda la vida de cada hombre y de los hombres intentará ser el reencuentro con Dios para recuperar la unidad perdida.

Pero este exilio que sería propio de la estructura del ser humano, se historiza luego en los exilios concretos que padece cada individuo y cada pueblo.

Lacan ha dicho que si algo nos enseña nuestra práctica, es el encuentro con el ser humano como un ser desdichado, desdicha que expresa la imposibilidad de lo Uno, pero que al mismo tiempo no coarta la ilusión narcisista de lo Uno. Porque si la acción del significante hace emerger al sujeto, y al Otro, al yo (moi) y al a, también es cierto que construye míticamente un objeto primordial pleno y absoluto en donde está colocado el origen: la Cosa. Pero la Cosa no solamente es mítica, no es lo prohibido, sino que es lo que nunca existió, y que sin embargo siempre tratamos de re-encontrar. Y para eso se crean las cosas (die sache), cosas del mundo, que servirán como soportes para que se articulen a través de ellas la fuga metonímica del deseo. El fantasma es quien articula al sujeto con el objeto a (“S \diamond a”) con los cuales si bien puede construirse la ilusión, también se construye la realidad.

Cada encuentro, cada logro, cada hallazgo del objeto conduce luego de la alegría, la exaltación o el triunfo, a la desazón porque eso ya no es lo que se buscaba. El fantasma, sin embargo, cumple una importante función: sirve de tapón, de manto, que permite cubrir esa ausencia primaria de la Cosa, que nos habla de la imposible constitución del Uno. Y el Uno solamente se mantiene en la ilusión mortífera de esa forma de amor que es la fascinación, captura imaginaria donde hay indiscriminación del yo y el otro, y que no es la forma de amor como don propio de lo simbólico.

El reconocimiento de esta situación conduce a la vivencia de un estar solo, en relación con la ausencia de la Cosa, dimensión de la castración simbólica (falta-en-ser), reconocimiento de la finitud y de la muerte, y vía de la sublimación. Este estar solo tal vez sea otra forma, desde otro ángulo, de decir algo de la vivencia que nos describe con ese nombre Winnicott; pero este estar solo difícilmente se puede dar en su total pureza y, en mayor o menor grado, se va a acompañar de sentimientos de soledad,

duelo nunca terminado ni terminable por el narcisismo herido.

La relación y la mezcla entre este estar solo y el sentimiento de soledad, pertenecen a la estructura de todo sujeto y hacen, como dice Lacan, “que el psicoanálisis y la experiencia común muestren que nunca tenemos éxito en lo que hacemos, que siempre estamos embarcados en un destino, que hace que ningún sueño realizado nos colme de satisfacción, es esto lo que nos lleva al sentimiento de desdicha, porque no es accidental que atravesemos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, y si esto es así, es porque no puede ser de otro modo” (Seminario, página 120).

Siendo esto cierto, también lo es el que no todos padecemos la soledad *ni* de la misma manera, ni con la misma intensidad. En este sentido, pienso que por un lado esta “desdicha” dependerá del estar solo; y por otro lado, por la falla en la constitución del yo (moi) que da lo imaginario por la precariedad o insuficiencia del fantasma; constitución del yo que se debe a la interacción simbólico-imaginaria, lo que implica también la aparición del otro, el sujeto y el Gran Otro. Si esto se logra el encuentro con el otro no llevará a la confusión, al Uno, podrá ser placer pero no beatitud. Será comunidad o estar solo.

El sentimiento de soledad, pienso, aparece como una amenaza a la integridad del yo (moi) por una falla en la función del otro (madre) en su función imaginaria y del Gran Otro. Entonces si bien hay algo propio de la estructura del ser humano que tiene que ver con la desdicha o, como piensa Kierkegaard, con un sentimiento de sufrimiento que no proviene de ninguna coacción exterior, sino que es inherente al hecho mismo de existir, como dolor de existencia; también es cierto que el sentimiento de soledad va a provenir no de este hecho, que nos conducirá al estar solo, sino a esa otra dimensión, articulada entre los tres registros pero jugada en el campo de lo imaginario, en donde el fantasma se muestra insuficiente y el sujeto queda abismado ante el hueco de lo real que abre a la dimensión del vacío.

Creo que esto se puede apreciar con el siguiente fragmento de una sesión: “No se si conoce ese sentimiento de soledad que es más que soledad, es como estar perdido. ¿Quién me dice que estoy acá o en otro planeta? ¿Qué es lo que le da continuidad a uno? No sé... Entonces, una tiene que peinarse, vestirse, pintarse, hacer la comida para sentir que una está ahí. ¿Estaba preparada para eso? Supongo que sí porque se dieron las condiciones para que esté así, pero es como demasiado. Cuando yo digo que soy dos, es que esa que hace, está con esta otra que tiene un lío. Puede tomarse distancia, hasta me toma del brazo y me dice: dáte tiempo y vamos por la vida.

No sé si este sentimiento de desolación tiene que ver con la realidad o estoy... Yo en la vida no soy importante para nadie. Todo el mundo vuelve a su casa y alguien lo espera.. - y a mí nadie. Es la continuidad de una cosa que no sé muy bien. Hay momentos en que me siento boyando en el sistema solar como una nada, pero una nada sufriente. Pasa que esta situación no tiene que ver con la realidad, pero es lo que siento. De pronto, a veces, me despierto en la noche con angustia, con la sensación de estar sola, pero no sola de compañía, sola sola. Me queda grande la casa, la cama, la vida... ¡Yo qué sé! Tengo amigos, hermanos, sobrinos, pero es como que mi sentimiento es mucho más que eso, es como desunión, es como que siento realmente en la piel, de verdad, que no me quieren.

Además es demasiado inmenso para creer que realmente es así. Pero nadie me quiere como yo quiero que me quieran, o por lo menos lo necesito, como una cosa..., no se cómo decirlo, más... no sé si más de otra forma, como la vivencia de que me queda como un agujero. Ahora esto se me hace muy presente, pero me doy cuenta que antes no era distinto. Cuando me siento así me digo a mí misma: cálmate, no te puede pasar nada, quedáte tranquila. Creo que lo que me desespera fue como tratar de llamar a alguien y no encontrar a nadie adentro mío, me pregunté a quién recurrir, y no encontraba a quién en la realidad. Me encontraba como si en plena ciudad estuviera en un desierto tratando de comunicarme con alguien. Por lo mismo estoy contenta de poder comunicarme y no hacer pavadas. Yo pensaba que nadie que yo conozco, ¡que nadie!, vive solo, así, como me siento viviendo sola.

Hay instantes en que pienso que es más fuerte la vivencia que me aplasta que lo real, entonces es como si necesitara que me quisieran, así, porque sí, pero no como grande, que no me exigieran que fuera grande, ¡si no soy grande! Lo que sí hay momentos en que siento la sensación de que no existo, como que no tengo sensación de continuidad, como que cada día pasara, lo tengo, lo vivo, yo qué sé, como si los demás no quedaran delante de mí y yo no quedo delante de los demás.

El sábado pasado volví de casa de unos amigos, cuando llegué a mi casa me cayó a plomo la soledad. No es que ahora esté desesperada, estoy triste, triste, es como si recién ahora sintiera la ausencia de mi madre y de mi padre. Es como si dijera: ésta es mi realidad de ahora, pero ha sido mi realidad de siempre, y siempre luché a brazo partido para no enfrentarme a esto. Ahora es como si mirase para atrás y fuera todo como un espejismo, como si estuviera y no estuviera.

Este fragmento me parece elocuente de la situación que trato de analizar.

La paciente, mujer joven, desde el comienzo fue desconocida en sus deseos y no hubo deseo de los otros que fueran soportes identificatorios adecuados, ni instrumentos mediadores de la ley suficientes como para que en lo imaginario se lograra una consistencia suficiente de su yo. Los objetos de deseo tienen la misma precariedad, fugacidad e inconsistencia que este yo, y durante muchos años trató de compensarlo afirmándose en vínculos narcisistas.

El momento de la soledad aparece netamente descrito como una discontinuidad del yo y una inconsistencia de la realidad (el mundo).

Creo que situaciones como ésta son habituales en nuestra práctica actual pero ¿cómo nos ubicamos ante el sentimiento de soledad? Porque en esta práctica, que forma parte de la vida, a veces las teorías (y sigo a Marcos Lijtenstein) pueden ser “usadas” para protegernos de enfrentarnos con esta realidad (¿última?) del ser humano, ya que en definitiva hay un lado —no todo— irreductible de estar solo y de soledad que por momentos nos amenaza, nos asedia, nos acosa; momentos que en el análisis son frecuentes porque qué es sino, esta situación peculiar, a la que Freud respondió y creó inventando las reglas técnicas del psicoanálisis, donde alguien viene a hablar de su tristeza, de su padecimiento, porque ya no hay nadie más con quien pueda hablarlo, y porque de eso, solo, no se puede hablar ni pensar, porque eso, solo, es demasiado... de tan poco. Y el psicoanalista es a veces, cuando lo puede, como el caballo del cuento de Chejov, el único ser que está ahí para oír eso. Pero ¿podemos? Sí, cuando estamos en condiciones de no escondernos, sabiendo que las teorías,

siendo imprescindibles, no pueden roer el duro hueso de lo real, quedando siempre algo inabarcado y entonces oímos algo más allá del mundo (out off space, dice Lowecraft), zona del miedo y del horror, de inmensa soledad. Y así, a veces, logramos estar junto a quien siente que “ya no hay nada que esperar; eterno desamparo” (Kafka) para que, por lo menos, esa soledad no sea tan sola.

Termino así esta errancia, con el sentimiento de casi no haberla comenzado; pensando, al fin y al cabo, que la errancia es ansia que erra y yerra, mostrando que ella es a la postre una errhiancia: hiancia errante constituyente del sujeto, sujeto errante en torno a la hiancia.

1985
DANIEL GIL